

Elogio fúnebre

del Muy Ilustre Señor Arcediano y
Pro-Vicario Capítular de Querétaro D.

florencio Rosas

por el Canónigo Magistral D. Daniel

frías. M M M M M M

Omnia opera ejus in fide. Salm. 32, v. 4
Todas sus obras fueron echas en la fé (1)

M. I. Sr. Pro-Vicario Capitular: (2)

Venerable Cabildo:

Respetable Clero: (3)

Amados hermanos:

!La Iglesia de Querétaro, es decir la Ciudad y la Dió-
cesis entera ha perdido a su prelado! (4) !Es más: ha per-
dido a su apóstol, a su padre!

Se ha hundido en el mar profundo del polvo sepul-
cral el piloto que guiaba con mano firme y experta la
nave mística que cruza el mar del tiempo, rumbo a la
eternidad, conduciendo más de doscientas treinta mil
almas. (5)

Se ha apagado ese foco potente que con su luz illumi-
naba, con su calor encendía y con su fuerza movía los
corazones de las ciudades, pueblos y aldeas de nuestro
privilegiado suelo queretano, desde el Pueblito a Jalpan,
desde Amalco hasta Iturbide, se ha cegado para siem-
pre ese manantial de aguas vivas, cuyos raudales fecun-
daban los campos y viñas del Señor, y donde abrevaban
las ovejas del Pastor de los Pastores Jesucristo Señor
nuestro.

!Qué pueblo, qué aldea no oyó alguna o varias veces, la
apostólica voz del Sr. Kosas, del santo Padre Rositas,
como decían suspirando las buenas y sencillas gentes
de los campos?

Esa voz del cielo, esa trompeta de Ezequiel que desde
la catedral sagrada hacia temblar a los pecadores, ha
pasado de resonar, para nunca más volverse a oír.



Ese amorosísimo padre, que lloraba con el afligido, que sufría con los que sufrían; que consolaba siempre a los que se le acercaban llenos de penas; que era sostén de las viudas y madre de los huérfanos, ha desaparecido de este mundo! ¡No le volveremos a ver!...

No es el luto de un hogar, lo es de una inmensa colección de hogares. Es más todavía: esta Iglesia de Querétaro derrama lágrimas de justo dolor, porque ha dejado de existir su esposo de la tierra, que tanta gloria le procuraba a su Esposo del cielo.

Llorad con sobrada justicia, hijas de Jerusalem, llorad hijas de Sion; es decir, vosotras almas sensibles y buenas, que tenéis luz del cielo, para ver y sentir la pérdida irreparable que ha tenido nuestra Iglesia; y digo irreparable, porque varones santos como el Sr. Rosas, apenas si produce uno cada siglo.

Vengo a hablaros, Señores, del padre de la fé de nuestro pueblo. El sostenía con su doctrina, ejemplos y oración continua la fé de nuestra sociedad, tan elogiada en todas partes.

No me adelantaré al biógrafo, a quién corresponderá citar fechas, precisar épocas, etc. Me limitaré a presentaros de cuerpo entero al varón santo cuyas obras como hombre privado y como hombre público, conotan un hombre lleno de fé y de los dones del Espíritu Santo. *Erat vir plenus Spiritu Sancto et fide.**

No voy a presentar a vuestra vista un héroe de hace siglos, respecto del cual mi fantasía podría pintaros con bellos colores, unas virtudes que no tuviese: no, vengo a referiros lo que yo mismo he visto; y también lo que vosotros habéis palpado, pero quizá con escasa reflexión.

Quiero haceros patente que lo que visteis tenía un origen divino, es decir, aquellas obras eran efectos y frutos de su grande fé. *Omnia opera ejus in fide.*

No es mi ánimo anticiparme al juicio de la Santa Iglesia, llamándole varón santo: no, de ninguna manera: el testimonio de sus virtudes que os presento es puramente humano.

* Act. Ap. XI.

Ni mucho menos pretendo despojarle de aquellos defectos inherentes a la naturaleza humana; herencia, unos de nuestros primeros padres, y otros, consecuencia natural de nuestra extracción de la nada.

Confieso, Señores, que al historiador y al orador les es muy difícil pasar sobre ciertos acontecimientos relacionados con su héroe, cuando son recientes, por los diversos modos de ver de los contemporáneos, por las malas interpretaciones, por las conexiones con tales o cuales intereses etc.; pero con eso y todo, es una verdad eterna que "el árbol se conoce por sus frutos"; y que fuesen cuales fueren los diversos puntos de vista de las Obras emprendidas por nuestro personaje, yo os conduciré por el camino, aunque sea a viaje rápido, llevando en mi diestra la luz esplendente de la fé, para que veais y deis testimonio de que no obstante todo, la fé divina era el móvil de todas sus acciones, empresas y proyectos; y esto me basta para mi intento.

Y para poner algún orden en mis ideas, hablaré primero de su vida en el Seminario; en seguida de su apostolado en general; y por último de las demás Obras que su celo llevó a cabo.

I

¡Quien de vosotros ignora que el M. I. Sr. Arcediano, y Pro-Vicario Capitular D. Florencio Rosas fué hijo y honra de esta histórica Ciudad? De los labios del mismo Venerable Señor oímos decir muchas veces que sus padres eran muy cristianos, y especialmente su madre a quien llamaba siempre, "su santa madre" Así debió ser, pues el árbol se conoce por sus frutos. No carecían de bienes de fortuna, vivían holgadamente en una mediana posición, los Sres. D. Vicente Rosas y la Sra. Dña. Ramona Arce, que tuvieron la dicha de darle a luz.

Dejando los demás detalles al historiador, solo diré: que desde muy jovencito, ya se sintió llamado de un modo singular a la vida espiritual y mística. Sus padres le enviaban a vigilar los trabajadores de las huertas que poseían por el barrio de S. Isidro. ¡Oh si pudieran hablar esos árboles y esas paredes de aquella huerta (la princi-

31

pal) que llamaban de S. Isidro. cuyas bardas roza el tranvía que pasa pocos metros mas allá por el templo del referido santo y conduce a los baños de Patehé! Nos dirían que allí pasaba las noches en oración; que, después de dirigir los riegos de aquel vergel, aprendía a cultivar el vergel de su alma con las corrientes de la gracia y las lágrimas de un corazón humilde y puro, según lo veía declarado en las Obras de Sta. Teresa y de S. Juan de la Cruz, que en aquella edad eran su delicia; nos dirían, que allí aprendió a comunicarse con Dios íntimamente; que allí aprendió a ver y a sentir a Dios en las obras de la naturaleza; que allí se familiarizó con esa presencia de Dios poética, si podemos llamarla así, que es tan común en los varones contemplativos, como S. Francisco de Asís en sus himnos al hermano Sol y a las hermanitas flores; y S. Juan de la Cruz, que reclinaba su rostro sobre el Amado, dejando, entretanto, sus cuidados entre las azucenas olvidados. Allí empezó su disgusto por las cosas tenebrosas y malignas aunque seductoras de este mundo. Nos contarían que varias veces, en las horas solitarias de la noche o de la alta madrugada, le veían salir y encaminarse a Patehé a domar los bríos de la juventud en las frías olas de aquellos baños; como lo hacía S. Pedro Damiano.

Se le oía decir suspirando más tarde en el Seminario, que en aquel tiempo había gozado mucho; que tenía envidia a aquella primera época de su vida, y añadía "entonces sí creía yo llegar a ser santo, pero hoy he perdido ya toda esperanza."

Mucho le agradaba frecuentar por aquellos días el Venerable Asilo de santos religiosos, el convento de la Cruz, o colegio apostólico de Propaganda fide, morada feliz de los V. V. Fr. Antonio Livaz, Fr. Antonio Margil, Fr. Melchor López; de los Perezllera, Cardocito, Aguilera y mil otros.

Allí ayudaba las misas y pasaba largos ratos orando, y era muy apreciado de los Religiosos por su singular modestia y compostura; y alguna vez pensó entrar al Noviciado, pero pronto se lo impidió el torbellino de la Revolución. (6)

Pasaron los años: llegó el tiempo en que bien asegurado en su vocación al estado eclesiástico, bajo la dirección de su santo Maestro el Sr. Pbro. D. Manuel Castro, hizo los cursos de Teología en compañía de otros pocos jóvenes, siendo el mismo P. Castro su profesor, y sirviéndoles de aula, por los trastornos políticos, las frondosas bóvedas de los manzanos de la huerta de S. Isidro.

¡Benditos tiempos! No muchos años después, tocóme en suerte, no una sino varias veces, en mi primera juventud, ensayar himnos de Canto-Llano, en aquella misma floresta, estando presente el ya Pbro. Sr. Rosas, y dirigiendo el ensaye con el "Navas"* en la mano el P. Castrito (como le decíamos), quien para las cosas de Dios y del culto, tenía el entusiasmo, el aire y el espíritu simplicísimo de un niño.

Compuestas en lo que cabe las cosas políticas, y ordenados ya de sacerdotes los Sres. Rosas, Rebollo, Pérez Faustino, González José María y Juan, Rodríguez, Hurtado, Figueroa, Leal, Aguilar y algún otro, trató el Sr. Castro de fundar el Seminario. Se eligió, para empezar el ex-convento de S. Antonio, de allí se pasó a la calle del Puente, después a la calle del Desdén, en seguida a la de S. Agustín o de la Aduana, y por último como lo sabéis al ex-convento de Sta. Teresa.

El primer Rector del Seminario en S. Antonio lo fué el Sr. Castro: en seguida fué elegido para ese cargo el Sr. Pbro. D. Esteban G. Rebollo, siendo entretanto Vice-Rector el Sr. Rosas; y poco después fué nombrado Rector este Señor por el Ilmo. Sr. D. Ramón Camacho.

Durante su Vice-Rectorado, daba la clase de primer curso de Filosofía, es decir Lógica, Metafísica y Etica. Servía de Obra de texto en muchos Seminarios, tanto del país como de Europa, la Filosofía del P. Bouvier, autor imbuido en el Cartesianismo: y siguiendo la costumbre, ese mismo se puso en nuestro Seminario, tanto más cuanto que al mismo Sr. Rosas cuando joven, pusieron en sus manos otro autor de la misma Escuela, la Filosofía del P. Jaquier. Pero nuestro Sr. Vice-Rector,

* Autor de Canto-Llano.

ora por su talento, ora por la escuela mística de S. Juan de la Cruz, basada en las doctrinas de Sto. Tomás o Aristotélicas, nose hallaba bien con el cartesianismo. Sabiendo que el P. Figueroa iba a emprender un viaje a Europa, le suplicó buscarse por allá algún autor de Filosofía de Sto. Tomás. Dicho Señor guiado por la Providencia y por su buen espíritu, halló y trajo consigo la Obra "Prima principia scientiarum" del P. Miguel Rossset, que contiene la verdadera Filosofía del Santo Doctor. Recibió un gusto increíble el Sr. Rosas, cuando empezó a saborearla; y una vez conocida, la puso de texto oficial en la clase, y la siguió explicando todo el tiempo que fué profesor, porque la halló muy conforme a sus propios ideales. El santo P. Castro había puesto de texto para Teología dogmática la Obra del P. Billuart. Esas dos Obras han sido las columnas que han sostenido la verdadera Escuela de Sto. Tomás entre nosotros. Así lo creemos.

Por ese tiempo pronunció el Sr. Rosas, en una Distribución de premios, un discurso que hizo mucho ruido entre los intelectuales, y cuyo lema conservo en la memoria, y del cual fué un admirable desarrollo. El texto o lema está tomado de una Obra Filosófica del P. Gaudin, insigne Tomista y dice así: Nullus in Philosophia potest esse progressus nisi ad Divum Thomam fiat regressus. No haremos ningún progreso en Filosofía, si no regresamos a las doctrinas de Sto. Tomás.

Llevado del mismo amor a las admirables teorías del Angélico Maestro, fundó un poco más tarde una "Academia de Sto. Tomás" con objeto de que se estudiaran más a fondo las grandes cuestiones filosóficas, haciendo que tomaran parte en ella no solamente los alumnos de ambos Colegios, el Seminario y el Liceo, sino también algunas personas de la sociedad, distinguidas por su talento o afición al estudio: atentos los bienes sociales que proporciona la sólida y trascendental doctrina del gran Doctor de Aquino.

Todos aquellos trabajos literarios estaban bien cimentados y vivificados en el ánimo del Sr. Rosas, por un grande espíritu de fé. En el Seminario era el alma de todo movimiento científico, y de los avances en el espíritu

de piedad. Los que hayan sido alumnos del Seminario en aquella época recordarán sus sermones, los Retiros, los Ejercicios de S. Ignacio, sus conversaciones en los recreos de la huerta, sus digresiones espirituales a propósito de las doctrinas en las horas de clase, sus ejemplos de una vida intachable, y entre otras cosas notables, su amor y devoción a la Sma. Virgen.

¡Que plegarias tan tiernas y llenas de lágrimas al fin de las Pláticas del mes de María, año por año! ¡Con qué entusiasmo preparaba sus fiestas, excitando a los alumnos, cantando al par de ellos en los Misterios del Rosario al ofrecer las flores a María! Recuerdo con fruición que los sábados de los meses de Mayo eran días de verdadero gozo espiritual, por los cantos, los perfumes, el incienso, las flores espirituales, las procesiones, el derroche de rosas del tiempo; y todo aquello caldeado por las Pláticas del Sr. Vice, como le llamábamos.

Ya es de suponerse, cuál sería la fatiga y desvelos en dar el lleno al círculo de labores diarias, de un Vice-rector de tan altas miras, y que se sentía impulsado constantemente por el espíritu de fé.

Por el año de 1877 fué obligado por mandato del Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis Dr. D. Ramón Camacho, a oponerse a la Canonjía Magistral de esta Sta. Iglesia Catedral. Aun recuerdo que en ese mismo día que recibió la orden superior, por la noche me lo refirió confidencialmente, lleno de confusión, creyéndose en todos sentidos inepto para aquel puesto, ocupación y honra, porque muy de corazón rehusaba las dignidades. Siendo tan contrincantes, personas de talento indisputable como el Sr. Pbro. D. Ignacio Altamirano y el Sr. P. D. Braulio Guerra, ganó la Magistral. El asunto del sermón, que le asignó la suerte, fué el Misterio Augusto de la Sma. Trinidad; y aun recuerdo sus primeras palabras: Propio Señores, dijo, de los grandes talentos los grandes errores:" duró una hora; y no he olvidado que estaba allí presente un Sr. Valdés, que era tenido por masón en esta ciudad, pero en aquellos días ya estaba convertido, y le oí decir: "si hubiese durado dos horas, con el mismo gusto le habría oído y admirado"

31


Aquí me parece oportuno hacer una reflexión que servirá para lo que siga diciendo. En los héroes de la santidad, a distinción de los heroes del mundo, el hombre íntimo es incomparablemente más grande que el hombre privado y que el hombre público. "Omnis gloria ejus filiae regis ab intus" dice el Espíritu Santo. Toda la grandeza de las almas santas está por dentro: no dice ni aun siquiera, la mayor parte, sino toda. La vida interior de los santos no se ha escrito, sencillamente porque nadie ha podido ni puede conocerla: las personas que rodean al santo, solo ven el hombre privado y el hombre público. Se reserva esa vida para la eternidad.

En ese sentido dijo S. Juan Evangelista al terminar su Evangelio, que faltaban otras muchísimas cosas que decir de Jesucristo, que si se escribiesen, el mundo no las podría comprender. *

El Santo varón de que vengo hablando, ya estaba bien formado y fortalecido en la fé. Suele decirse que el estilo es el hombre; en un orden más alto, debo decir que el espíritu de fé es el hombre: tanto vale un hombre, entre cristianos, cuanto vale su fé; la fé es o debe ser el todo entre cristianos, católicos, apostólicos, romanos. Y he dicho esto último, porque entre los protestantes no hay fé divina, sino fé humana: y si de la fé divina procede la caridad, claro está que la caridad tan sonada de los protestantes, no es caridad, sino humana filantropía. ¡Pobre cadáver de cristianismo!

San Pablo en su Epístola a los Hebreos hace un elogio admirable de los justos del antiguo Testamento, diciendo que fueron grandes por la fé: cita entre otros a Abel, Henoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Jepté Sansón, Samuel, David, etc. y dice que por la fé emprendieron y llevaron a cabo grandes cosas. Dice que la fé es la firme persuasión de las cosas que se esperan, y un convencimiento de las cosas que no se ven. Que por ella merecieron de Dios testimonio de alabanza los antiguos justos; que sin la fé es imposible agradar a Dios; que por la fé los justos hablan aun estando muertos; que

* Así explica Sto. Tomás este lugar.

por la fé los justos en su modo de vivir, dan a entender que andan buscando otra patria, que no es la presente, es decir la celestial; que por eso Dios se llama Dios de altos, * porque les tiene preparada su ciudad celeste.

Bien empapado el Sr. Rosas en estas verdades, pues con el tiempo y el ejercicio se las había asimilado, como el cuerpo se asimila el alimento y lo convierte en su propia sustancia, todo lo miraba con los ojos de la fé, todo lo enderezaba a las cosas de fé, todo lo apoyaba y lo hacía caminar con razones y motivos de fé, y en todo esperaba resultados de fé. Bien comprendo que este lenguaje no es comprensible para muchas personas; pero esto no hace al caso, porque a mí me basta que escribo para gloria de Dios, y para aquellas personas que teniendo luz de Dios sobre el particular, le han de glorificar y se han de aprovechar de tales ejemplos.

La fé da al hombre una mirada superior, ya no digo a la de los ojos materiales, sino superior a la mirada del talento, superior a la mirada de la ciencia y de la experiencia. La mirada de la fé traspasa los espacios, traspasa los horizontes limitadísimos del tiempo y penetra a la eternidad, sube a lo invisible y recorre los espacios sobrenaturales. Por este motivo notaríais en el Sr. Rosas como se lee también en la vida de los santos, que su mirada como que veía algo más allá de lo que tenía presente al estar en alguna conversación, y que sus ojos de ordinario estaban ligeramente velados de cierto aire de tristeza indefinible y misteriosa, efecto de su intuición de lo sobrenatural. **

Nombrado Rector del Seminario, ocupó el empleo de Vice-Rector el Sr. Pbro. D. Juan Gonzáles, quien le ayudó algunos años a llevar la Cruz pesada de aquél honroso pero laborioso cargo de formar el clero de la Diócesis.

Trasladado el Seminario de una manera definitiva al exconvento de Sta. Teresa, se dedicó el Sr. Rosas, si era posible dedicarse aun más, a llenar la misión que el cielo confiara de formar hombres de espíritu, apóstoles de

* Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob

** Quasi tristes, semper autem gaudentes. 2. Cor. VI.

la sociedad, verdaderos salvadores de almas. Desempeñó ese cargo durante cerca de 30 años, siendo casi en todo ese tiempo su Vice-Rector el que esto escribe.

Ya por esa época, era tal el cúmulo de ocupaciones que absorbían el tiempo al Sr. Rosas, de quehaceres del Seminario, o de negocios del Cabildo, o de atenciones de las demás Obras que había emprendido, o las consultas de personas particulares, que ya no se le vió dedicarse a ningún estudio especial; si bien tenía la alta dirección de los estudios del Seminario, vigilando y dándose cuenta exacta de los avances de todos los cursos, de los procedimientos de los profesores, de la conveniencia de cambiar tal o cual Obra de texto de las clases etc.: atentísimo a corregir, advertir, amonestar a cualquier alumno de quien se le informase que era desaplicado o desaprovechado. Exigía cada 8 días que todos los alumnos le presentasen antes o después de llevarlos a sus casas, los Boletines o informes semanales que recibían de sus profesores, para tener así ocasión de estar informado continuamente de la conducta escolar de los seminaristas y poder así alentarlos o reprenderlos.

Tengo para mí que en cierta época de su vida, tal vez en sus últimos años de Vice-Rectorado, hubo un cambio en el alma de este varón grande.

Figúrome que hallándose en toda la madurez de su talento, y sintiéndose con bríos y aspiraciones para lanzarse a las alturas como las águilas, se le presentaron dos mundos de grandes y espaciosos horizontes: el de las ciencias, con todos sus campos de luz, sus mágicos atractivos, sus relámpagos de gloria, sus conquistas y laureles; y otro no menos grande y elevado, pero oculto y oscuro a las miradas del mundo, sin praderas de flores, antes bien con penosos senderos, alfombrados de espinas, y a trechos entre abismos: hablo del mundo de la santidad. Cerró los libros, abatió las alas aquella águila caudal, para no pensar más en aquella primera ascensión del espíritu; y se entregó de lleno a ensayar el vuelo por los espacios del sacrificio y de la caridad; y se dedicó a hacer el mayor bien que pudiese a su propia alma y a la de sus semejantes. Creo no equivocarme, diciendo, si

así fué, haber sido este uno de los mayores triunfos sobre sí mismo.

No se le vió mas comprar alguna obra de actualidad, ni tomar parte directa en los asuntos de cuestiones científicas, ni en el movimiento intelectual del mundo sabio, ni consultar Revistas de Universidades y Centros del saber, ni tomar notas de cómo andaban, en las alturas de la información mundial, las debatidas cuestiones sobre Sagrada Escritura, Teología, Filosofía, Sociología, Física, Astronomía, etc. Se le notaba cierta indiferencia para toda esa actividad de los cerebros humanos. Su corazón ya lo tenía puesto en otra cosa más alta, y más conforme a su espíritu de fé. Es cuestión de vocaciones.

Líbreme el cielo de hacerle la injuria de que no comprendiese, por escasez de talento, o llevado de alguna ilusión, que la ciencia ayuda a la Religión, que un sacerdote sin ciencia es poco menos que inútil, que la fé se sostiene por la ciencia sagrada, que los Sumos Pontifices no una sino mil veces han recomendado se fomente en los Seminarios el estudio de toda clase de ciencias, aun profanas etc., etc. Todo eso lo sabía muy bien. Pero su experiencia, y sobre todo la luz de la fé que alumbraba más que el talento y que la erudición, le hizo tomar otro rumbo más seguro. Sus empeños, sus desvelos, sus exhortaciones, su modo de ser en conjunto, tendieron a formar en los jóvenes el corazón más que el entendimiento, la piedad antes que la ciencia, el espíritu humilde y puro antes que sabio. Cada día se convencía más de que un sacerdote santo, se salva así mismo y salva a muchos; y que un sacerdote sabio sin virtud, corre mucho peligro de perderse y de perder a muchos; y que un sacerdote de buen espíritu, espontáneamente se dedica a las ciencias necesarias a su estado.

En sus pláticas de los Retiros a los alumnos y en especial a los Ordenandos, se excedía a sí mismo en elocuencia y espíritu, para sembrar en los futuros ministros del Santuario, los gérmenes de las virtudes sólidas y duraderas. No se le oía hablar más que de la abnegación de sí mismo, vida de sacrificio, desprecio del mundo, vida de vencimiento, espíritu de mortificación, amor al

estudio, odio por las dignidades, vida de oración, compasión de las almas, sumisión incondicional a la Sta. Iglesia y a los superiores, espíritu de las ceremonias de la Iglesia, unión fraternal entre sí, buscar en todo el agrado de Dios y su santísima voluntad, no poner la mira al ocupar algún puesto, en los emolumentos y conveniencias temporales, y temas semejantes.

De lo que acabo de decir, pueden dar testimonio los Sres. Sacerdotes aquí presentes, y todos los que están regados por esos lejanos pueblos de la Sierra, los cuales por la misericordia de Dios, ocupan sus puestos llenando sus obligaciones, y llevando una vida morigerada. ¡Quiera el cielo, que jamás vaya a desdecir su conducta, de la vida del santo sacerdote que los formó!

En esas Pláticas donde se desbordaba su espíritu, deseando transfundirse en sus oyentes, así como en el tino para discernir las vocaciones sacerdotales, se veía claro, que el Señor le había escogido para ser un verdadero Rector de Seminario.

En sus conversaciones no se le caía de la boca aquel texto: *Justus meus ex fide vivit: Mis justos viven de la fé;* y aquel otro "*Lucerna pedibus meis verbum tuum*": la luz de mis pasos (es decir de mis obras) es tu palabra; y aquel otro: "*Charitas patiens est, benigna est, non demulatur, non quaerit quae sua sunt etc.*: la Caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no busca sus conveniencias etc." y aquel "*Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes tenebrarum harum*: No tenemos que luchar contra los hombres, sino contra los demonios que son nuestros verdaderos enemigos" y aquel "*la letra mata el espíritu es el que vivifica*" y el otro: "*Lucerna corporis tui est oculus tuus etc.*: la luz de tus pasos (esto es de las acciones) es tu ojo, es decir la intención, si la intención fuere sencilla y pura, toda la operación saldrá bien hecha. Si hablaba de los peligros y caídas de la juventud, se nos quedaba viendo y decía lo de S. Pablo "*Quis te discernit? quid habes quod non accepisti?*" ¿qué tienes tú que no hayas recibido? ¿quién te ha separado de los demás, para no andar en esa baraunda? y otros muchos.

Vosotros mismos lo notariais, que no había conversación sobre cosas, personas, acontecimientos, o sobre la situación general del mundo o de la Iglesia, y aun sobre asuntos indiferentes, que no procurase alumbrarla, apoyarla, explicarla con algún texto de la Sagrada Escritura. ¿No es esto vivir de la vida de la fé? Una de sus virtudes características fué la prudencia en los consejos: por eso todo el mundo le consultaba. Era hombre de consejo, como poquísimos. Su prudencia no era la prudencia humana y de la carne, condenada por el Espíritu Santo; sino divina, contraria a las máximas del mundo. ¡Qué perspicacia! ¡Qué conocimiento del corazón humano! ¡Cómo encargaba y practicaba pedir luz en la oración! ¡Qué aplomo en sus resoluciones! No hay que olvidar, decía, que la prudencia es "*Recta ratio agibilium*" la recta, firme y luminosa preordenación de las cosas que se han de disponer o mandar, y que "*praevidere est providere*" que saber preveer las cosas es saber gobernar."

En el Seminario confesaba a casi todos los alumnos (7) cuyo número llegó en un tiempo a poco mas de 200, y todos internos: a los teólogos cada 8 días, y a los de facultad menor cada 15 días, no obstante sus múltiples ocupaciones y sus enfermedades de estómago que padeció toda la vida. Los confesaba generalmente por la noche; a las 12 aun no terminaba. Compadeceréis tal vez aquellos pobrecitos niños que los tenía tan desvelados hasta aquella hora. Pero en primer lugar, no disponía de otro tiempo para hacerlo; y en segundo, y lo diré de una vez por todas: se proponía que los suyos es decir los que quisiesen seguir la cruz de Cristo, se fueran ensayando a caminar por los senderos del Calvario, a ser fuertes en la adversidad, a irse acostumbrando a desveladas, traspasadas, viajes penosos a veces nocturnos, (8) no buscar con ansia las comodidades, a comer manjares ordinarios y viles, a sufrir con ecuanimidad las inclemencias del sol, del frío, del agua, del hambre y de la sed, etc.

Exactamente eso mismo hacía Jesucristo Señor Nuestro con los Apóstoles y demás discípulos, porque todo eso

fortalece el espíritu. Por la misma razón, el Sr. Rosas, aun cuando se le veía hacer todo lo que estaba en su mano para aliviar las miserias de los necesitados y enfermos, hacía más hincapié en que las gentes reflexionasen y se aprovecharan de aquellas penas, miserias y enfermedades para expiación de sus pecados, y como méritos para la vida eterna, cooperando a las miras de Dios, que con ese objeto nos las manda.

Se levantaba a celebrar el Santo Sacrificio muy temprano, no obstante que se recogía a reposar a la una o dos de la mañana. Jamás dejaba de decir Misa por ningún motivo, excepto el caso de grave enfermedad. ¡Cuántas veces le vimos por la noche tan enfermo, que contra su voluntad llamábamos al médico, y al día siguiente muy de mañana quedábamos asombrados, viéndole en el altar diciendo la Santa Misa! En los viajes, era lo primero que procuraba arreglar, la hora de celebrar en combinación con la hora de salida.

Creo que lo estais viendo decir Misa: ¿no es verdad? ¡Qué majestad! ¡qué recogimiento interior! ¡qué don de lágrimas! ¡qué atención a las santas palabras del Evangelio! ¡Con qué ternura las besaba al concluir! ¡Con qué espíritu de temor y amor tomaba en sus manos el sacratísimo cuerpo del Señor! Su devoción se trasmitía a los oyentes.

En el rezo del Oficio Divino se echaba de ver la concentración de su espíritu a lo que estaba haciendo: su presencia de Dios a quien dirigía sus preces: los suspiros interrumpían su oración; a veces nos hacía notar tal o cual sentencia del Breviario, para que la conservásemos en la memoria.

Los suspiros le salían muy espontáneamente de su alma, en las conversaciones, o cuando se hallaba solo en su cuarto escribiendo cartas, o leyendo la Sagrada Escritura o algún Santo Padre: no faltaba quien lo escuchase.

Cuando tomaba sus alimentos, yo fui testigo y tal vez algunos de vosotros, de que lo hacía con repugnancia, como quien se acerca a un tormento, como de San Bernardo afirma el escritor de su vida. Su vestido siempre fue modestísimo y pobre, y en sus últimos años más todavía.

En todo el mueble y ajuar de su aposento del Seminario y de su casa habitación, siempre se le notó la mayor modestia y desprendimiento. Nunca usó alfombra ni en su cuarto, ni en su casa: su casa de la calle de Altamira, herencia de sus padres, que la conocí cuando tenía yo 12 años, la ví igual toda la vida: parecía que aquellas sillas de tule de su sala, nunca las habían movido de su lugar en más de 40 años. A fe que para las cosas de Dios y de su culto, no se paraba en gastos, compraba lo más hermoso y costoso, y que todo estuviese limpio, aseado, y correcto; y todo aquello lo disponía con arte y con talento.

En sus relaciones con los alumnos, se le notaba el mismo espíritu de fé y señalada prudencia. Sabía reprender, y sabía amonestar oportunamente: en esto se portaba como S. Isidoro Doctor de la Iglesia, que era manso y confidencial en aconsejar y advertir, y fuerte, severo y vehemente en reprender. Preferían los alumnos cualquier castigo de otro superior a la reprensión del Sr. Rosas: una mirada suya les aterraba.

Practicaba por instinto y espíritu lo que enseña San Gregorio en su Pastoral, de saber cómo, cuándo, con quien, en qué circunstancias, con qué discernimiento se debe poner en ejecución la difícilísima virtud de la corrección fraterna; variando el modo, hasta lo infinito como varían los espíritus, las edades, los genios, y el estado de virtud de las personas.

Era amantísimo y celosísimo de que se observase en el Seminario la secuela y la disciplina de Colegio, como en las horas de Coro y meditación de los Ordenandos, en la puntualidad a todas las asistencias de Comunidad, de clase, etc.

Su genio y carácter aunque era naturalmente vehemente e impetuoso, lo fué modificando con los años y la virtud. Su alma era como la de los hombres verdaderamente grandes, harto generosa y longánime: sabía esperar largos años la enmienda de los defectos del prójimo.

Vuelvo al tema de sus conversaciones, porque ellas eran una especie de apostolado familiar y doméstico. Eran sagradas, oportunas y amenas; en nada se resentían de la aus-

teridad de su modo de vivir personal. Versaban ordinariamente sobre los misterios de Dios, la Vida de N. S. Jesucristo, de su Santísima Madre, o sobre verdades de alta Filosofía, o sobre la brevedad de la vida, la vanidad de las cosas y máximas del mundo, sobre la situación de la Iglesia y del mundo en general, sobre las miserias de los huérfanos y desvalidos, sobre los peligros de la niñez y juventud de ambos sexos, y sobre temas semejantes de fé y de caridad.

Cuando se presentaba en alguna reunión de personas más o menos extrañas, su presencia majestuosa, su mirada certera, su conocimiento y experiencia de los hombres, infundían en seguidá el respeto: su talento dominaba luego la situación, y su palabra luminosa modesta y afable le hacía dueño de los corazones. Su mirada penetrante parecía leer los corazones de los que se le acercaban: y nadie se le acercaba (pongo por testigos a cuantos de cerca le tratasteis) sin sentir cierto embarazo o temor respetuoso y reverencial.

El gusto con que aun las personas ilustradas le escuchaban, nacía, en mi concepto, de que comprendían que el Señor Rosas era algo más que científico: porque una cosa es la ciencia y otra la sabiduría, muy superior ésta a aquella: la ciencia estudia las causas inferiores e inmediatas de las cosas y de sus fenómenos; la sabiduría alza el vuelo hasta las causas más altas, perceptibles para muy pocos: así es que yo no llamaría a este Señor científico, sino verdaderamente sabio, porque siempre se remontaba a la primera causa.

Su talento, a la vez que analizador, era eminentemente sintético; ascendía en el acto a las ideas generales; y nos decía muchas veces que los detalles y concretos embarazan y estorban para ver claro en los asuntos.

Su espíritu, aunque místico por excelencia, estaba muy lejos de ser bullanguero, amanerado iluso, impresionista, pueril y ligero: era enemigo de exterioridades y singularidades: seguía y aconsejaba la vida común, la vida mixta de acción y contemplación; la misma vida sencilla y común que practicó Jesucristo Señor Nuestro y su San-

tísima Madre, que es la más adaptable a la vida en sociedad.

En la vida mística no se hallaba bien con los métodos: insistía mucho en que la letra mata y el espíritu es el que da vida; y de los dos modos de vivir de varones santos, unos, que no se apartaban un ápice de su Reglamento, haciendo todas sus obras buenas y trabajos con el prójimo a sus horas; y otros, trabajando todo el día, siguiendo el curso de la voluntad de Dios de instante en instante, en ocupaciones no buscadas, digámos así, sino inesperadas, como v. g. consultas violentas, necesidades urgentes del prójimo, cartas que no tienen espera, enfermos que asistir, etc., teniendo como es natural, que interrumpir sus planes generales del día, cosas que hacer ya meditadas; de hecho seguía este segundo modo, por parecerle más incómodo, de más vencimiento y sacrificio, y le parecía más conforme a la vida que llevó Cristo Señor Nuestro, que todo su tiempo lo dió al prójimo, y que decía que su alimento era hacer todo el día la voluntad de su Padre celestial.

En el porte de toda su persona no se advertía ninguna ostentación: su vida era sencilla; y mucho aconsejaba la sencillez, la llaneza, y la franqueza, y odiaba la doblez. Con el mismo gusto se le veía saborear un trozo de la Suma de Santo Tomás, y disertar profundamente sobre él, como trabajar al igual del peón de cuchara de albañil en Santa María de Guadalupe, en las altas horas de la noche a la luz de una linternita, o bajo los ardorosos rayos del sol de medio día, acomodando una cantera, o rellenando los relices de un manantial.

Con la misma paciencia y caridad oía al rico y potentado que al humilde labriego de los campos; y diré más, se le veía estar con mayor gusto difundiendo sus palabras de luz y de consuelo, de verdades y de fé, cuando se veía rodeado de aldeanos y aldeanas, porque la experiencia le había enseñado, que en esos corazones, fructifica la palabra de Dios al ciento por uno. Omnia opera ejus in fide.

Lo repetiré, se olvidaba de las necesidades imperiosas de comer y dormir por atender a las obras de caridad, de consolar y aconsejar al prójimo. No olvidaba las necesi-